

Anagnórisis



Andrés Racket*

La noche avanzaba, pero la escuadra griega no hacía una salida furtiva por ningún sitio. Pero después que el día radiante, con sus blancos corceles, ocupó con su luz la tierra entera, en primer lugar, un canto, un clamor a modo de himno, procedente del lado de los griegos, profirió expresiones de buenos augurios que devolvió el eco de la isleña roca. El terror hizo presa en todos los bárbaros, defraudados en sus esperanzas, pues no entonaban entonces los griegos el sacro peán como preludio para una huida, sino como quienes van al combate con el coraje de almas valientes. La trompeta con su clangor encendió el ánimo de todos aquellos. Inmediatamente con cadenciosas paladas del ruidoso remo golpeaban las aguas profundas del mar, al compás del sonido de mando. Rápidamente todos estuvieron al alcance de nuestra vista. La primera,

* Docente e investigador de UNPAZ.

el ala derecha, en formación correcta, con orden, venía en cabeza. En segundo lugar, la seguía toda la flota. Al mismo tiempo podía oírse un gran clamor: “Adelante, hijos de los griegos, libertad a la patria. Libertad a vuestros hijos, a vuestras mujeres, los templos de los dioses de vuestra estirpe y las tumbas de vuestros abuelos. Ahora es el combate por todo eso”.

Esquilo, *Los persas*

En nuestro país, una escena se repite por lo menos desde 1872, cuando José Hernández escribió, en el canto IX de *El gaucho Martín Fierro*, el famoso grito: “¡Cruz no consiente que se cometa el delito de matar así un valiente!”. Fierro ha decidido enfrentarse a la policía y morir siendo quien es. Ante esa escena, Cruz se reconoce en Fierro y, al tiempo, recuerda su propia identidad. Decide, como Fierro, que es mejor una muerte digna de un gaucho que una existencia despreciable al servicio de quienes los persiguen. La soledad, una soledad con fuerte sabor a injusticia, pues es la soledad de quienes están bajo persecución, marca hasta ese momento el clima angustiante del poema. La refriega con la policía no es para Fierro solo un encarar de frente a la muerte; también es el primer momento en que no está solo, en que él también puede reconocerse en un igual. Cruz y Fierro no se separarán hasta el fallecimiento de Cruz, y durante ese tiempo, aunque las penurias no cedan, la soledad será reemplazada por amistad. Por una amistad, de hecho, entre iguales, fundada ante la muerte.

La escena, sin embargo, no siempre se repite como la soñó Hernández para el mundo de las representaciones. Más allá de que varíen las circunstancias y sus protagonistas, se reitera una y otra vez con una diferencia sustancial: el 9 de octubre de 1967, en un poblado de unas treinta casas en La Higuera, Bolivia, fue fusilado Ernesto Che Guevara. El disparo lo efectuó el sargento Mario Terán. La única declaración que se le atribuye fue publicada en la revista *Paris Match*, en 1967, por la periodista Michele Ray:

Dudé 40 minutos antes de ejecutar la orden –confesó–. Me fui a ver al coronel Pérez con la esperanza de que la hubiera anulado. Pero el coronel se puso furioso. Así es que fui. Ese fue el peor momento de mi vida. Cuando llegué, el Che estaba sentado en un banco. Al verme dijo: “Usted ha venido a matarme”. Yo me sentí cohibido y bajé la cabeza sin responder. Entonces me preguntó: “¿Qué han dicho los otros?”. Le respondí que no habían dicho nada y él contestó: “¡Eran unos valientes!”. Yo no me atreví a disparar. En ese momento vi al Che grande, muy grande, enorme. Sus ojos brillaban intensamente. Sentía que se echaba encima y cuando me miró fijamente, me dio un mareo. Pensé que con un movimiento rápido el Che podría quitarme el arma. “¡Póngase sereno –me dijo– y apunte bien! ¡Va a matar a un hombre!”. Entonces di un paso atrás, hacia el umbral de la puerta, cerré los ojos y disparé la primera ráfaga. El Che, con las piernas destrozadas, cayó al suelo, se contorsionó y empezó a regar muchísima sangre. Yo recobré el ánimo y disparé la segunda ráfaga, que lo alcanzó en un brazo, en el hombro y en el corazón. Ya estaba muerto.

Si comparamos la narración de este asesinato real con la fantasía de Hernández, la escena se ha torcido, se ha vuelto circular, paradójica: el hombre más valiente debe ordenarle al más débil, acobardado, que lo mate, provocando su propia muerte. Así se repite una y otra vez, como si Cruz, acercándose ladinamente, hubiera acuchillado a traición a Fierro: el 29 de septiembre de 1976, un día después de cumplir 26 años, María Victoria Walsh se pegó un tiro en la sien frente a los hombres del Ejército que intentaban detenerla –a ella y a sus compañeros de militancia de Montoneros–, en el barrio de Villa Luro, en una casa situada en el número 105 de la calle Corro. Su padre, Rodolfo Walsh, averiguó las circunstancias de esa muerte, atormentado –como solía estar– por comprender todos los pormenores de la violencia política. Escribió sobre ella en dos cartas: “Carta a Vicki” y “Carta a mis amigos”. En la segunda relata cómo fue la muerte de su hija, a través de las palabras de un conscripto que estuvo allí y que le dio su testimonio: “El combate duró más de una hora y media. Un hombre y una muchacha tiraban desde arriba. Nos llamó la atención la muchacha porque cada vez que tiraba una ráfaga y nosotros nos zambullíamos, ella se reía”. Unos momentos después, suceden las muertes:

De pronto –dice el soldado–, hubo un silencio. La muchacha dejó la metralleta, se asomó de pie sobre el parapeto y abrió los brazos. Dejamos de tirar sin que nadie lo ordenara y pudimos verla bien. Era flaquita, tenía el pelo corto y estaba en camisón. Empezó a hablarnos en voz alta pero muy tranquila. No recuerdo todo lo que dijo. “Ustedes no nos matan” dijo el hombre “nosotros elegimos morir”. Entonces se llevaron una pistola a la sien y se mataron enfrente de todos nosotros.

En la muerte de Guevara y en la de Vicki Walsh algo se mantiene de la escena imaginada por Hernández: la elección de morir. Lo otro se trunca; en lugar de fundarse una amistad, se funda algo en la muerte, aunque es difícil comprender qué: una victoria secreta y oscura, o el cumplimiento, riguroso como una sentencia, con la coherencia que exige darle sentido a una vida. Los 150 hombres que rodeaban la casa, en lugar de atrapar a esos 5 militantes y entregarlos a la tortura, se volvieron espectadores pasivos de algunas bellas muertes. Estoy seguro de que no lo comprendieron cabalmente, aunque lo trascendente, cuando se presenta, se respira en el aire por más que no se comprenda.

Suele suceder en el género trágico griego que antes de que un personaje se quite la vida suceda un silencio. Es posible que se trate del mismo silencio que recordaba el conscripto en su relato. Vivimos cotidianamente en el olvido de la muerte, pero cuando miramos decididamente nuestra finitud, lo trascendente se presenta siempre con ciertas señales. Ante la muerte, es una de las fronteras del lenguaje. Quizá por eso el silencio, el mismo silencio de Mario Terán cuando el Che le dijo: “Usted ha venido a matarme”.

Aquí las repeticiones se encadenan. En marzo de 1977 Rodolfo Walsh fue asesinado por un grupo de tareas de la Esma, un día después de publicar la “Carta abierta a la Junta Militar”. Intenté comprender muchas veces la muerte de Walsh; tengo la sospecha de que, muerta Vicki, su vida había perdido algo de sentido (si bien tenía otra hija, Patricia, que hoy cuenta con unos 72 años). Creo que sabía que



Jota, 2024.

eventualmente lo iban a matar, y también creo que ningún padre debería tener menos dignidad que sus hijos. Walsh menciona en “Carta a Vicki” que la madre de Victoria “Está orgullosa en su dolor, segura de haber entendido tu corta, dura, maravillosa vida”. Dice también: “Nosotros morimos perseguidos, en la oscuridad. El verdadero cementerio es la memoria. Ahí te guardo, te acuno, te celebro y quizás te envidio, querida mía”.

De acuerdo a la sentencia del Tribunal Oral en lo Criminal Federal N° 5 del 27 de octubre de 2011, fue establecido:

Que, en circunstancias en que la víctima caminaba por la acera de avenida San Juan, entre Combate de los Pozos y Entre Ríos, vistiendo una guayabera de color beige con tres bolsillos, pantalón marrón, un sombrero de paja, zapatos marrones, y anteojos, y portando consigo un portafolio y una pistola marca “Walther”, modelo PPK, calibre 22, fue abordado por un grupo operativo perteneciente a la UT 3.3.2,

que estaba compuesto por, aproximadamente, entre 25 y 30 hombres, que se desplazaban en más de seis vehículos, entre ellos un “Peugeot 504”, un “Ford Falcon”, una “Ford F 100”, una “recoleta” y una camioneta a la que denominaban “Swat”.

Se tuvo por acreditado que Rodolfo Jorge Walsh, introdujo una de sus manos dentro de una bolsa, y ante la sospecha de que opusiera resistencia, uno de los intervinientes dio aviso de una emergencia, y al grito de “Pepa, pepa” –término utilizado para denominar a la granada–, una gran cantidad de oficiales comenzó a dispararle, hasta que la víctima se desplomó (conforme lo señalan los testigos Lauletta y Gras; cuyos testimonios serán analizados más adelante). Que Walsh sufrió varios impactos de bala en su tórax que le provocaron la muerte. Con posterioridad, el nombrado fue introducido en uno de los rodados, y conducido a la ESMA, donde arribó sin vida. Una vez allí, fue descendido raudamente por la escalera que unía el hall de la planta baja con el “Sótano” del edificio, sin poderse precisar, al día de la fecha, el destino dado a sus restos.

No sé qué iba a buscar Walsh dentro de esa bolsa, pero me gusta imaginar que allí no había nada, que fue un simple y pequeño gesto para apropiarse de su muerte. Pienso que sabía que lo iban a matar y que, de alguna manera, su muerte y la de su hija son la misma.

Por ese entonces, Walsh estaba afectado no solo por la muerte de Vicki, sino por la de su amigo, el escritor Paco Urondo, en Mendoza. La narración que llegó a tener Walsh decía que Urondo se había tomado la pastilla de cianuro antes de que lo mataran, viendo que no podía escapar. Tiempo después se supo que fue asesinado a tiros en una persecución, y que luego los perseguidores le dieron un tiro de gracia y lo golpearon en la cabeza con la culata de un fusil. No sabemos cómo murieron Oesterheld y Conti, pero me gusta imaginar que, con algún gesto mínimo, incluso secuestrados y bajo tortura, se apropiaron también de sus muertes. Tal vez Oesterheld haya hecho alguna broma; lo supongo a Conti con algún ademán más aguerrido.

La escena se repitió seguramente muchas otras veces, pero habitada por personas y en circunstancias que ignoramos. Todos ellos eligieron su propia muerte y se la arrebataron a sus perseguidores. Pero aquí está precisamente lo trunco, incluso lo retorcido: posiblemente todos hemos de morir solos, pero la soledad queda acentuada en esas victorias alcanzadas a través de la muerte. Como un José Hernández un tanto oblicuo, quisiera que en el momento en que el grupo de tareas se acercaba a Walsh se asomaran decenas de absurdos Winchester a través de las ventanas de los departamentos de San Juan y Entre Ríos y que sus asesinos huyeran despavoridos tras unos disparos al aire, o que Vicki y sus compañeros encontraran unos puentes secretos tendidos por los vecinos y saltaran por las terrazas y se fueran casi como volando, o que el Renault 6 en que huían Paco Urondo, su esposa Alicia Raboy y su hija Ángela de 11 meses –a quien tengo el gusto de apenas conocer–, junto a una compañera, Renée “la Turca” Ahualli, se escabullera por un *garage* abierto a propósito por alguien de por allá y que el Peugeot 404 rojo que los perseguía siguiera de largo y no los encontrara nunca.

Nuestra narración histórica lamentablemente carece de estas ensoñaciones. Quizá sirve como consuelo que no tengamos que soportar en la lectura a un repugnante Cruz pidiendo un “carguito” o algún

ascenso con la sangre todavía caliente de Fierro en su facón. La literatura argentina, en su fundación, previó esos enfrentamientos con la muerte, pero imaginó también la amistad. Por supuesto, el término “amistad” tiene aquí un valor político que va más allá del valor privado que le damos usualmente: amistad es unión entre quienes se reconocen como iguales. En nuestra historia, también se ha producido: la que fundó el primer peronismo, o la que muchas veces logró oponerse a los avances autoritarios, a las censuras, o a los intereses económicos sórdidos. Podríamos decir (no sin alivio) que es, también, una escena repetida, donde aquello que imaginó José Hernández se repite sin dislocarse y la victoria, entonces, está llena de vitalidad. Las victorias en la soledad de la muerte en una situación sin salida siembran testimonio; aquellas conseguidas colectivamente nos sumergen en una multitud en la que la mayoría permaneceremos humildes y desconocidos, pero son victorias vitales, que construyen una salida y, a veces, incluso futuro.

Una y otra vez estamos ante una u otra de estas escenas. En cada ocasión la pregunta es si seremos capaces de reconocernos como iguales y enfrentaremos la adversidad unidos, o si vamos a mirar para otro lado, a buscar alguna ventajita, a detenernos en algún cálculo, mientras abandonamos a Fierro a que muera solo.